

ESTA MIÑA MÍA



UNA NOVELA

FRANCINE RIVERS

AUTORA DEL ÉXITO INTERNACIONAL AMOR REDENTOR

ESTA
MIÑA
MÍA

❧ UNA NOVELA ❧

FRANCINE
RIVERS



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Visite a Francine Rivers en Internet: FrancineRivers.AutorTyndale.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Esta mina mía

© 2022 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2022 como *The Lady's Mine* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-4747-9.

Fotografía de la pareja en la portada © por Magdalena Russocka/Trevillion Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de los brillos dorados en la portada © por Kittichai Boonpong/EyeEm/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del marco en la portada © por Tatty/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © 2020 por Elaina Burdo. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Keila Ochoa Harris

Publicado en asociación con la agencia literaria Browne & Miller Literary Associates, LLC, 52 Village Place, Hinsdale, IL 60521.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Esta mina mía es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-6599-3

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

28 27 26 25 24 23 22
7 6 5 4 3 2 1

*A mi mejor amigo y el amor de mi vida, Rick Rivers.
Nuestra vida es una aventura que sigue desarrollándose.*



*La religión pura y verdadera a los ojos de Dios Padre
consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas en
sus aflicciones, y no dejar que el mundo te corrompa.*

SANTIAGO 1:27





❖ *Norte de California, 1875* ❖

SOÑOLIENTA Y ADOLORIDA, Catalina se afirmó otra vez en el asiento cuando la diligencia traqueteó sobre un tramo irregular del camino. El viaje en segunda clase del ferrocarril transcontinental había sido sumamente cómodo comparado con el zarandeo de esta travesía irritante, rumbo a un porvenir desconocido. Dos días de tortura, dos noches de paradas en el camino con una tabla de madera como lecho, una sola cobija demasiado usada, algo semejante a un guiso para cenar (aunque los dueños no quisieron decirle qué carne habían usado) y un simple tazón de avena como desayuno.

Tal vez hubiera sido más sensato pasar unos días en Truckee, el sitio donde se había bajado del tren, en lugar de apresurarse a la última parte del viaje. Pero sus opciones se habían limitado a o tomar esta diligencia o esperar una semana para la próxima; y hubiera sido demasiado caro quedarse más tiempo en el pueblo agreste, donde había más cantinas que hoteles. Además, el lugar la escandalizaba. Los habitantes eran, principalmente, mineros, leñadores y ferroviarios y había una temible escasez de mujeres. Jamás había visto a un chino, pero había leído cómo miles cruzaron el Pacífico, dispuestos a aceptar los salarios más bajos para realizar el trabajo más peligroso de hacer túneles para el ferrocarril por medio de explosiones y cincelandando la roca de las montañas de la Sierra Nevada. Ahora que el proyecto titánico había concluido, los despreciados inmigrantes buscaban otras maneras de ganarse la vida. Varios se acercaron a Catalina en el instante en que descendió del tren. Contrató a uno para que transportara su baúl a un hospedaje apropiado. A pesar de ser pequeño y enjuto, el hombre subió su equipaje a un carro desvencijado y partió a un paso que ella no pudo igualar.

Apurándose tras él, Catalina sorteó cúmulos de estiércol de caballo y pasó por encima de charcos, nerviosa por la atracción que provocaba. Los hombres se quedaban mirándola. Apenas vio algunas mujeres, y ninguna estaba vestida con tanta elegancia como ella. Y también la miraban fijamente. Catalina alcanzó a su maletero cuando entraba en un hotel ribereño. Cuando entró por la puerta, un silencio descendió sobre el vestíbulo lleno de hombres. Ignorándolos, caminó directamente hasta la recepción y se registró, deseosa de tener privacidad, un baño, una buena comida y una cama. Había pasado siete días en un vagón de pasajeros, con sus oídos maltratados por el ruido constante de las ruedas que rechinaban sobre las vías de acero. Las cenizas y la carbonilla que escupían las brasas de la chimenea

de la locomotora había entrado a través de la ventana, dejando unos agujeritos quemados en el conjunto verde oscuro de cambray que se había puesto para viajar. El tren se detenía solo para cargar carbón y agua; a duras penas daba tiempo para comer en alguna cafetería local.

El maletero acarreó su baúl escaleras arriba y lo dejó dentro de una habitación pequeña con una cama, una mesa y una jarra con agua. Abrumada por la decepción y demasiado cansada para bajar las escaleras y pedir una mejor habitación, Catalina se desató el lazo y se quitó el sombrero; luego, se desplomó sobre la cama. Soñó que estaba nuevamente en Boston, dentro de la mansión Hyland-Pershing, en la entrada de una *suite* de la planta alta. Su madre, radiante de felicidad, estaba embobada con su hijo recién nacido, mientras que el padrastro de Catalina permanecía sentado al borde de la cama con dosel, con una sonrisa orgullosa en aquel rostro que solía mostrar el ceño fruncido. Cuando Catalina habló, ninguno la escuchó. Se puso de pie, la hija recientemente desheredada, observando la alegría de ellos. ¿Acaso ya la habían olvidado?

Se despertó llorando; el sol refulgía. Atontada y desorientada, se incorporó, su ropa estaba arrugada y su cabello, despeinado. Su estómago gruñó, recordándole que no había comido desde el mediodía de ayer. Vertió el agua helada en un recipiente y se lavó la cara. Ah, cuánto anhelaba un baño, pero ¿cuánto costaría conseguir una bañera y que le subieran agua caliente a la habitación? Se quitó la vestimenta de viaje y la dobló; se puso un vestido Dolly Varden que le habían entregado poco tiempo antes que le dijeran que la mandarían a California.

El comedor del hotel estaba abierto y casi vacío. Catalina pidió huevos revueltos, tocino, papas fritas y panecillos con mermelada. Repleta, se dirigió al empleado de la recepción, quien le dijo que podría encontrar las instalaciones de aseo que

solicitaba en los baños públicos de al lado. Cuando vio la fila de hombres que esperaban, supo que no era un lugar muy seguro para una señorita. Abatida, volvió a la estación del tren para organizar el transporte a Calvada. Al frente había estacionada una diligencia; estaban poniéndoles los arreos a los caballos.

—¿Calvada? —El empleado negó con la cabeza—. Nunca he escuchado de ese lugar.

Catalina sintió la agitación del pánico.

—Tiene servicio postal.

—Debe haber cien pueblos o más en las Sierras, señorita. Algunos ni siquiera tienen nombre. Calvada me suena a un pueblo fronterizo, pero necesita saber si es al norte o al sur.

La carta de presentación que había llegado con el testamento del tío Casey mencionaba otros dos pueblos. Se la entregó al empleado, quien la leyó rápidamente y asintió.

—Al sur, y le llevará tres días llegar, a menos que haya accidentes en el camino. Tiene suerte. La diligencia parte en una hora. Si pierde esta, tendrá que esperar otra semana para la próxima.

La diligencia saltó de nuevo, golpeando el trasero ya ablandado de Catalina contra el banco. Un montañés barbudo de un metro ochenta de altura llamado Cussler era el cochero y maldecía a gritos a su grupo de seis caballos alazanes, mientras la diligencia corría por el camino de la montaña. Ella se preguntó qué encontraría al llegar a Calvada.

Traqueteada y sacudida, Catalina recordó la noche anterior a su partida de Boston. Su madre y su padrastro habían ido al teatro con amigos. Catalina cenó en la cocina con el personal de servicio. Despedirse de las personas que amaba fue desgarrador. Toda esperanza de que su madre cambiara de parecer acabó la mañana siguiente cuando el juez se presentó en el vestíbulo y le informó que la acompañaría a la estación del tren para

despedirla. Tuvo la impresión de que él quería asegurarse de que ella se subiera al tren y se quedara en él.

Lawrence Pershing no habló hasta que casi habían llegado a la estación. Fue entonces cuando extrajo un sobre del bolsillo interior de su abrigo.

—Este documento te transfiere los derechos sucesorios de tu madre. Toda propiedad que haya pertenecido a tu tío al momento de su muerte es tuya. Dudo que sea gran cosa. Añadí dinero suficiente para que puedas empezar. Si eres frugal y prudente —agregó con un dejo de sarcasmo—, te durará hasta que encuentres un oficio adecuado. He pagado tu pasaje a Truckee. A partir de allí, corre por tu cuenta encontrar cómo llegar a Calvada.

Un oficio. ¿De qué hablaba? Ella era más instruida que la mayoría de las mujeres, en gran parte por haber entrado a hurtadillas a la biblioteca del juez y robado sus libros. Pero nada de lo que había aprendido le facilitaría una ocupación.

La diligencia saltó abruptamente, sorprendiendo a Catalina y regresándola a su situación actual. Sintió el vacío entre su cuerpo y el asiento y enseguida aterrizó con un golpe sordo que le arrancó un gruñido impropio de una dama. Cussler les gritó unas maldiciones a los caballos y chasqueó el látigo sobre ellos. Cuando el carruaje se tambaleó, Catalina tuvo que afirmarse en el asiento. Su falda y su chaqueta azul oscuro estaban grises por el polvo; sus dientes, con arena. A pesar del sombrero que la cubría, le picaba la cabeza. ¿Cuánto faltaría hasta la siguiente parada? Sedienta, trató de no pensar en lo bien que le vendría un vaso de agua fría y cristalina.

El primer día, otros cuatro habían viajado con ella y cada uno había descendido a lo largo del camino. Henry Call, un cabañero de unos treinta años que usaba anteojos, se había subido a la diligencia en la última estación. La había acompañado

a comer un guiso dudoso. El dueño juró que era pollo, pero Cussler dijo que sabía a serpiente de cascabel. Catalina prefirió no enterarse; de todos modos, estaba demasiado hambrienta para preocuparse. Después de la comida, el señor Call le dio la mano para ayudarla a subir a la diligencia, donde la conversación cesó, entendiéndose ambos que cualquier intento implicaría terminar con la boca llena de polvo del camino. Él abrió su maletín y sacó un archivo. De vez en cuando, se quitaba los anteojos y los limpiaba.

Cussler gritó: «¡Hala!» y la diligencia se detuvo. Siguió gritando palabras que Catalina no entendía, pero que hicieron sonrojar el rostro del señor Call.

—¡Oye, idiota! ¿Qué crees que haces, apareciéndote en el camino de ese modo?

Una voz áspera y risueña replicó:

—¿De qué otra manera lograría un aventón?

—¡Compra un billete como los demás!

—¿Me llevarás o me dejarás de carnada para los osos?

Catalina miró alarmada al señor Call.

—¿Hay osos allá afuera?

—Sí, señora. Estas montañas están llenas de osos pardos.

¡Como si la proporción entre hombres y mujeres no fuera suficientemente alarmante! ¿Ahora, además, tenía que preocuparse de los animales?

La puerta de la diligencia se abrió y un hombre que traía puesto un maltrecho sombrero manchado de sudor subió a bordo. Levantando su rostro barbudo y entrecano, miró a Catalina.

—¡Santo Josafat! ¡Una dama! —Una sonrisa dividió su rostro rubicundo y envejecido. Todavía inclinado, se quitó el sombrero—. Bueno, ¡no esperaba ver a nadie como usted!

Catalina podría haber dicho lo mismo.

La diligencia comenzó a andar otra vez y lanzó hacia atrás al hombre. Despatarrado junto al señor Call, soltó una palabrota que ella había escuchado unas cien veces en boca de Cussler durante las últimas cuarenta y ocho horas. Él sacó la cabeza por la ventana.

—Oye, Cussler, ¿cuándo aprenderás a conducir? ¿Estás tratando de matarme?

—Debí pasarte por encima y dejar tu cadáver en el camino —le contestó a gritos Cussler.

El recién llegado se rio, sin ofenderse en absoluto, y se acomodó en su asiento.

—Le ruego me disculpe, señora. Estábamos bromeando. Cussler y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Catalina le dirigió una sonrisa forzada y cerró los ojos. Le dolía la cabeza, junto con otros dolores y molestias. En la última parada, cuando bajó de la diligencia, necesitó toda su fuerza de voluntad para no frotarse el trasero.

El hombre se rascó la barba.

—Siempre pido un aventón antes de que el camino se torne peligroso. Una vez, intenté hacerlo a pie y tuve que aferrarme a un árbol, o me habrían atropellado.

Catalina miró afuera por la ventana y se echó hacia atrás, soltando un grito de asombro.

—Si echa un vistazo por encima del acantilado en la próxima curva, verá una diligencia allá abajo. El cochero iba demasiado apurado. Sucede de vez en cuando.

Cussler volvió a chasquear el látigo, incitando a los caballos para que se apuraran. Catalina tragó saliva.

—Uno nunca sabe cuándo va a morir. —El viejo se convirtió en filósofo—. Nosotros lo lograremos... aunque depende.

—¿Depende de qué? —osó preguntar Catalina.

—De cuánto haya bebido Cussler en la última parada.

Catalina miró a Henry Call. Él se encogió de hombros. ¿Qué había habido en el gran tazón que el jefe de la estación le había dado a Cussler? Se sujetó cuando el carruaje giró en otra curva. No pudo evitarlo. Se asomó. La diligencia se sacudió y la puerta se abrió de golpe. Lanzó un chillido cuando su cuerpo se abalanzó hacia adelante. Sintió que alguien sujetaba su falda y tiraba de ella hacia atrás. El anciano cerró nuevamente la puerta con el pestillo. Los tres quedaron mirándose unos a otros. Catalina no sabía a quién agradecerle y tenía miedo de adivinar.

Henry Call carraspeó.

—Me han dicho que Cussler es el mejor conductor de la ruta. No debemos temer.

El viejo resopló y se metió algo en la boca. Sus mandíbulas trabajaban como un ciervo mulo rumiante, mientras estudiaba a Catalina desde sus botines con botones hasta el ala de su sombrero con cintas y dos plumas polvorientas.

—¿Qué clase de pájaro perdió esas plumas?

—Un avestruz.

—¿Qué dice?

—A-ves-truz. Es un ave africana.

—Le habrá costado un dineral. —Se inclinó sobre la ventana y escupió un chorro de jugo marrón.

Catalina estuvo a punto de vomitar. El viejo no había concluido su examen. Enfadada, lo miró desde el sombrero sucio, la raída camisa a cuadros, la chaqueta de cuero desgastada por el clima, sus pantalones azules desteñidos hasta sus botas polvorientas. El hombre olía como una rata almizclera, o como imaginaba que podía oler una rata almizclera. Por otro lado, ¿quién era ella para mirarlo con desprecio? No se había dado un baño completo desde su partida de Boston. Las varillas de su corsé la pellizcaban. Peor aún: la piel le picaba debajo de ellas. Su polisón se sentía como un tronco en la base de su columna.

La diligencia se deslizó sin complicaciones y Catalina se relajó hasta que Cussler gritó:

—¡Sujétense, amigos! ¡Ahí viene el subibaja!

Antes que pudiera preguntar de qué hablaba el cochero, el viejo apoyó sus botas polvorientas en el borde del asiento junto a ella y se sujetó. La diligencia pegó un salto, y Catalina con ella. Su tocado ornamentado fue lo único que evitó la fractura de su cráneo. Aterrizó con un golpe seco y doloroso y un largo quejido. El salto se convirtió en una seguidilla.

—Ay... ay... ay... ay... —Se aferró al marco de la puerta mientras su trasero recibía la golpiza. El maltrato terminó tan pronto como había comenzado.

Las plumas de avestruz colgaban entre sus ojos. El armazón de su falda se había deslizado hacia abajo. Catalina se movió en el asiento, pero eso empeoró la situación. Ambos hombres le preguntaron si se encontraba bien.

—Sí, por supuesto. ¿Cuánto falta para que llegemos a Calvada?

—No mucho, me parece. Antes de la puesta del sol, en todo caso. Cussler está haciendo buen tiempo.

Catalina se resignó a sufrir.

Henry Call guardó sus papeles.

—Es un largo viaje para que una dama lo haga sola, señorita Walsh. Debe echar de menos Boston.

—Ciertamente. —Hasta entonces, el viaje solo había servido para recordarle el alto costo que implicaba perseguir las convicciones personales.

El viejo se alegró.

—¡Boston! Sabía que usted venía del Este. Tiene ese aire distinguido... No tenemos muchas damas por aquí. —Parecía fascinado por las plumas planas y rotas—. Hay bastantes de la otra clase, eso sí.

Henry Call se aclaró la garganta.

El viejo lo miró y masticó su bolo.

—Ya lo verá por sí misma, ¿no? —Se volvió hacia Catalina—.
¿Por qué vino hasta aquí?

—Para ocuparme de asuntos familiares, señor. —Como si alguno le concerniera a él.

El viejo arqueó las cejas y volvió a echarle un vistazo.

—Nunca nadie me llamó *señor* antes. Me han puesto toda clase de títulos, pero ese no. Le aseguro que no tenemos a ninguna como usted en Calvada. No se ofenda por lo que le estoy diciendo. Es un verdadero cumplido.

—De donde vengo, tampoco hay muchos como usted, señor...

—Nada de señor. Solo dígame Wiley. Wiley Baer.

El señor Call se quitó los anteojos y los limpió otra vez, antes de guardarlos en el bolsillo de su camisa.

—¿Tiene familiares en Calvada, señorita Walsh?

—Tenía un tío. Él falleció y dejó una herencia.

—¿En Calvada? —Wiley resopló de nuevo—. Buena suerte con eso. —Sus ojos se entrecerraron—. Si vale algo, alguien ya la habrá reclamado.

—Quizás yo pueda ayudarla —interrumpió Call—. Soy abogado. Si necesita ayuda para hacer su demanda legal, siéntase libre de recurrir a mí.

—Es usted muy amable, señor Call.

Wiley se metió en la boca otro pedazo de tabaco mientras observaba a Henry Call.

—Quizás sería mejor que usted también regresara ahora, en lugar de perder el tiempo abriendo su despacho en Calvada. Tenemos más abogados que moscas los perros. Y son casi igual de bienvenidos.

—Ya tengo empleo, Wiley. No me quedaré en Calvada más que algunos meses, antes de regresar a Sacramento.

—¿Para quién trabaja? ¿Morgan Sanders? —Wiley volvió a subir su bota—. Es un miserable... —Miró de reojo a Catalina— perro de caza.

—No estoy autorizado para decirlo.

—Bueno, en Calvada solo hay dos hombres con el dinero suficiente para traer a un abogado caro de Sacramento, o de dondequiera que venga. Sanders o Beck, y no querría yo meterme entre esos dos.

—¿Quiénes son, Wiley? —Catalina quería saber algo del pueblo que pronto se convertiría en su hogar.

—Morgan Sanders es el dueño de la mina Madera. Les alquila chozas a sus trabajadores. Es dueño de la tienda de la minera, donde ellos tienen que comprar sus provisiones. Beck llegó hace poco, se asoció con Paul Langnor. Un buen hombre, Langnor. Nunca aguaba su *whisky*. A Beck le ha ido bien con la cantina y el casino desde que Langnor murió. Añadió un hotel. Beck vio al elefante y se hartó de esquivar al tigre; fue lo suficientemente astuto como para encontrar otra cosa que hacer, y enriquecerse haciéndolo.

—¿Elefantes y tigres? —Catalina sentía que su ansiedad iba en aumento.

Henry Call sonrió.

—Ver al elefante significa aprender las cosas de la vida a golpes, señorita Walsh. Esquivar al tigre es jugar al faro, a los naipes. El juego se originó en Europa, y usaban cartas con ilustraciones de los faraones egipcios en el reverso.

—Lo juego desde que llegué al Oeste en el 49 —confesó Wiley.

—Se refiere a apostar. —Catalina entendía ahora por qué

el hombre parecía no tener más que su ropa raída y sus botas desvencijadas.

—La vida es una apuesta, ¿no es así? Todo lo que uno hace tiene su riesgo.

Wiley Baer, el sabio.

—¿Qué puede contarme sobre Calvada?

—Bueno, ¡de seguro no es Boston! —Se rio lanzando un resoplido—. Es lo único que puedo decirle.

—¿Trabaja en la mina Madera, Wiley?

—¿Trabajar para Sanders? No soy ningún tonto. Una vez que bajas a esos túneles, no sales nunca más. Encontré una mina en la que trabajo solo, en las montañas. La concesión se remonta al año 52. Tengo los documentos que lo demuestran. Algo bueno, porque la Oficina de Archivos se incendió en el 54. Hubo otro incendio en el 58. Extraigo lo necesario para vivir. De ese modo, el mineral durará toda la vida. —Observó con desconfianza a Henry Call—. Nadie sabe dónde está, salvo yo. —Rumió un instante y volvió a escupir por la ventana—. De vez en cuando, un hombre necesita ir a un pueblo más grande. —Guiñó un ojo a Henry—. El problema es que creo que tengo piojos...

—¿Piojos? —La sola mención le dio picazón a Catalina.

—Puede apostar. Algunos miden más de dos centímetros. El señor Call negó con la cabeza.

—Es un cuento chino, señorita Walsh.

—¿Quién lo dice? —Wiley Baer lanzó una mirada fulminante a Call antes de mirar inocentemente a Catalina—. ¿Le creará a un abogado antes que a un hombre honesto que ha vivido en estas montañas más de veinte años? Se lo aseguro: tenemos garrapatas que podríamos ensillar y montar. Los mosquitos llevan trozos de ladrillos bajo sus alas para afilar sus agujones. Pero no tiene de que preocuparse, señorita. Encontré una manera infalible para deshacerme de ellos. Me hice la raya al

medio, me rasuré todo el cabello a un lado, empapé el otro con kerosene y encendí un fósforo. Los bichos corrieron al lado despejado y las apuñalé con mi cuchillo de caza. —Sacó uno de la funda que tenía en la cintura y lo levantó para que ella viera la hoja de veinticinco centímetros.

Ella lo miró, divertida.

—Espero que tenga buena puntería.

Wiley se rio.

—Le apuesto a que sí. —Esta vez, le guiñó un ojo a ella.

—¿Hay muchas mujeres en Calvada, Wiley?

—¿Mujeres? Sí, señor. Unas veinte, calculo, si se mantiene el último recuento. Pero no muchas damas, y ninguna como usted; de eso puede estar totalmente segura. —Volvió a echarle un vistazo—. ¿Está comprometida?

—¿Disculpe? —Catalina se sonrojó, sorprendida de que le hiciera una pregunta tan personal.

—¿Está comprometida o casada? —Levantó la voz como si ella no lo hubiera escuchado por el ruido de los arneses y el golpeteo de los cascos.

—No.

—Bueno, esa buena noticia se extenderá como el fuego. —Sonrió de oreja a oreja—. Si quiere un esposo, tendrá uno para cuando caiga la noche.

¿Así era una propuesta matrimonial en California?

—No, gracias.

—Los hombres de la zona ansían mujeres para casarse. Y usted parece una candidata de primera.

Imaginó que lo decía como un halago, pero se sintió como un filete jugoso servido en un plato.

—No vine aquí a buscar esposo. Vine a reclamar una herencia y a hacerme cargo de mi propia vida.

—Necesitará protección.

¿Estaba él ofreciéndola?

—Compraré un rifle.

La diligencia se bamboleó bruscamente y Catalina se aferró del marco de la ventana. Cada músculo de su cuerpo pedía alivio a gritos.

—¡Despierten, amigos! —gritó Cussler—. Estamos llegando a la curva antes de Calvada.

El señor Call revisó su maletín.

—¿Habrá alguien esperándola, señorita Walsh?

—Debo contactar al señor Neumann cuando llegue.

Wiley escupió por la ventana el tapón de tabaco.

—¿*Herr* Neumann?

—Sí. ¿Conoce al caballero?

—Por poco me corta la oreja la última vez que fui a su barbería.

A juzgar por el largo del cabello de Wiley Baer, eso había sucedido varios años antes.

—Pésimo barbero. Buen hombre. Cuando está sobrio. Si no está en su tienda, lo encontrará en la cantina de Beck.

Catalina se estremeció al oír varias explosiones fuertes.

—¿Acaso fueron disparos?

—Ajá. —Wiley se rascó la barba—. Parece una Smith & Wesson. Los tiroteos no son raros en Calvada. Los hombres se ponen un poco revoltosos con el whisky que tienen encima. —Se asomó por la ventana mientras la diligencia bordeaba una curva—. No veo cuerpos tendidos en la calle. —Se recostó en el asiento—. Podría ser peor. Una vez, vi seis hombres persiguiendo a un perro en la calle Campo. Estaban tan ebrios que ninguno dio al blanco. Por supuesto, un hombre que estaba ocupándose de sus asuntos en la mercería recibió una bala que le atravesó la cabeza.

Catalina no sabía si creerle o no. Henry Call no dijo que fuera un relato absurdo. ¿Qué clase de lugar era Calvada?

—¿Arrestó el comisario a los hombres?

—No había comisario.

—Seguramente habrá algún tipo de ley...

—Ajá. Los hombres se reunieron en la cantina y discutieron el asunto. Decidieron que su muerte fue un acto divino. Una pena, pero todos tenemos que irnos en algún momento.

Catalina se quedó mirándolo.

—¿Y eso fue lo único que hicieron por el difunto?

—No. Bebieron un par de tragos en su honor, hicieron una colecta, y al día siguiente lo sepultaron con un traje nuevo.

Justo cuando Catalina estaba a punto de hacer un comentario, fue sorprendida por un hedor tan repugnante que sintió náuseas. Se cubrió la nariz y la boca.

—¿Qué horrible olor es ese?

La media sonrisa de Wiley Baer se volvió triste.

—Como dije, Calvada no es Boston. Se acostumbrará al olor en un par de días. —Cuando el carruaje se tambaleó al detenerse, sonaron tres disparos más. ¿Habría alcanzado una bala perdida a Cussler o a uno de los caballos? Wiley abrió la puerta y bajó de un salto. Echó un vistazo alrededor y volvió a mirar adentro—. Debe haber llovido otra vez. El lodo me llega más arriba de los tobillos. Mejor baje por el otro lado, señorita. El pueblo tiene huecos tan profundos que hay hombres que desaparecieron y se convirtieron en una parte del camino.

El aire olía a aguas residuales, lodo y estiércol de caballo. Sonó otro disparo. Un vidrio se hizo añicos. Unos hombres gritaron. Se oyeron ruidos como si hubiera estallado un disturbio en la cantina al otro lado de la calle. Wiley chapoteó por el fango.

—Viene de donde Beck. Supongo que el tiroteo ya terminó.

El señor Call bajó de la diligencia y se paró en la acera entarimada. Le ofreció la mano a Catalina. Temblorosa y con las

rodillas débiles, saltó hacia la acera, donde Wiley Baer raspaba kilos del barro pestífero que rezumaba de sus botas. Al otro lado de la calle, las puertas batientes se abrieron de golpe y un hombre salió volando hacia afuera. Cayó de espaldas sobre la acera y se resbaló hacia la mitad de la calle. Un hombre alto, de hombros anchos y cabello oscuro, salió por las puertas tras él.

—Ese de ahí es Matías Beck. Y se ve bastante hostil en este momento.

Catalina observó al hombre, quien bajó de la acera, caminó a trancos hasta la mitad de la calle y arrastró al hombre para levantarlo del barro. Ella se encogía de dolor cada vez que él golpeaba al pobre tipo: una, dos y otra vez, antes de dejarlo caer. Los hombres salieron en tropel de la cantina y se pararon a lo largo de la acera para alentarlo. Agarrando al hombre por la nuca, lo llevó casi a rastras hasta un abrevadero de caballos y lo lanzó adentro. El hombre salió escupiéndolo del agua. Beck lo hundió de un empujón. Arriba y abajo continuó el desgraciado, como si Beck estuviera lavando ropa.

Espantada, Catalina observaba.

—¿Por qué se ríen esos hombres? ¿No debería alguien detener a ese bravucón antes de que ahogue a ese pobre hombre?

Henry Call negó sacudiendo la cabeza.

—Es mejor que se mantenga fuera de la situación cuando no sabe qué sucedió.

Cuando ella miró a Wiley, él levantó las manos.

—No me mire a mí. Yo no me meteré en medio.

—¡Hombres! —murmuró Catalina, exasperada, mientras caminaba hacia el borde de la acera—. *¡Termine con eso en este instante! ¡Deje en paz a ese hombre!*

Llamó la atención de todos los hombres que estaban afuera de la cantina, pero Beck apenas hizo una pausa y levantó la

vista o miró hacia ella. Los brazos del hombre se sacudieron cuando Beck volvió a empujarlo, sumergiéndolo; luego, lo levantó, lo acomodó sobre el borde y lo dejó vomitando. Cuando el hombre vació su estómago, Beck agarró la parte delantera de su camisa y le habló cara a cara.

El hombre se las arregló para salir del abrevadero, pero sus pies se resbalaron y volvió a caer despatarrado sobre el barro. Se dio vuelta y gateó hacia la acera, mientras Beck se daba la vuelta y miraba directamente a Catalina.

¿Y ahora qué? Ella tragó saliva.

—¡Ay, no! —se quejó Wiley—. Ahí viene. Buena suerte, y fue un gusto conocerla. —Riéndose entre dientes, saltó a la calle embarrada y ayudó a un joven a desensillar los caballos.

El corazón de Catalina latía cada vez rápido, conforme los pasos de Matías Beck se acercaban a ella. Retrocedió instintivamente cuando él subió a la acera. Se recordó a sí misma que, a lo largo de los años, había enfrentado muchas veces al juez Lawrence Pershing. Beck no dijo nada. Solo la miró. Ella sintió que sus pulmones se contraían y su mano se agitó sobre su estómago. Afectada por sensaciones insólitas, rápidamente se dio vuelta y buscó su baúl.

—Vaya, vaya, Henry... —dijo Beck arrastrando marcadamente las palabras con su tonada sureña—. No me dijiste que traerías a una dama.

Catalina se puso rígida, se dio vuelta y alzó la vista.

—Yo no soy su dama.

—Mejor aún. —Sonrió de una manera que le dio ganas de abofetearlo, especialmente cuando provocó que una ráfaga de calor le recorriera el cuerpo.

Henry se aclaró la garganta.

—Matías, te presento a la señorita Catalina Walsh. Viene para resolver...

—Estoy segura de que al señor Beck no le interesan en lo más mínimo *mis* asuntos.

—Ah, me interesa todo lo que tenga que ver con usted.

Catalina lo ignoró.

—Viene de Boston —dijo Wiley.

—Y se nota. —La mirada de Beck la recorrió hacia abajo y hacia arriba otra vez y se detuvo en las plumas de avestruz que colgaban frente a su rostro. Ella dominó el impulso de quitarse el sombrero y pegarle con él.

—Recibió una carta de *Herr* sobre una herencia —dijo Wiley.

—¡Wiley Baer! —protestó ella. ¿Por qué sus dos compañeros de viaje pensaban que sus asuntos le incumbían a Beck?

—Temo que *Herr* Neumann no está en condiciones de hablar de negocios ni de ninguna otra cosa en este momento —le dijo Beck.

Catalina levantó su mentón.

—¿Y cómo podría saberlo usted, señor?

—Porque se desmayó en mi bar hace una hora. Tuve que cargarlo hasta su casa. Dormirá hasta mañana. Mientras tanto, ¿quizás yo pueda servirle? —Lo dijo en un tono serio.

—Se lo agradezco, pero no lo creo.

—No parece darme su aprobación, milady.

El título la irritó.

—No sé nada de usted, además de que es el dueño de ese lugar que está enfrente, y que le dio una paliza a ese pobre hombre y por poco lo ahoga en el abrevadero.

—Él quería celebrar que había ganado a los naipes y comenzó a disparar. Gracias a Dios, no mató a nadie.

Esa información ciertamente cambiaba las cosas, pero, de todas maneras, desaprobaba la golpiza pública en respuesta.

—¿No habría sido mejor entregarlo al alguacil por alterar la paz?

—Boston —dijo Wiley—. ¿Ya consiguió un comisario, Matías?

—Aún no.

Wiley se rascó el pecho.

—Fue un gusto viajar con usted, señorita, pero iré a beber un trago fuerte, luego un baño, una buena cena y visitaré la Casa de Muñecas. —Se dio vuelta y se encaminó a la cantina de Beck.

Catalina frunció el ceño. ¿La Casa de Muñecas?

—Walsh. —Beck frunció el ceño—. No puede estar relacionada con City Walsh.

Catalina lo miró. —¿City? Mi tío se llamaba Casey Teague Walsh. —*Casey Teague. C. T.* Tal vez esta gente lo conocía como City.

Todo rastro de humor desapareció del rostro del hombre.

—Lamento decírselo, pero no existe la famosa olla al final del arcoíris.

Ella pestañeó, sintiendo que su estómago daba un vuelco. Y así se fueron los sueños de grandeza, aunque no hubiera tenido ninguno. El juez no le habría transferido una mina de oro.

—Bueno, lo que sea que encuentre tendrá que servir. —Inclinó la cabeza ante Henry—. Encantada de conocerlo, señor Call. Si me disculpan, caballeros. —Entró a la oficina de diligencias y preguntó si podía dejar allí su baúl y dónde encontrar un hotel.

—El mío, al otro lado de la calle, es el mejor del pueblo —dijo Beck a su espalda.

El pulso de ella se disparó. Mantuvo los ojos fijos en el empleado de la estación.

—Debe haber otro hotel...

—El Hotel Sanders está a un par de cuadras a la derecha, pero yo no lo recomendaría para una dama como usted. —Beck seguía parado en la entrada.

—¿Pero piensa que una cantina es apropiada?

—La cantina está en la planta baja, milady. Las habitaciones están en la planta alta, totalmente amuebladas y cada una tiene un cerrojo en la puerta. Estará segura bajo mi techo.

El fuego en esos ojos le hacía pensar lo contrario.

—No, gracias, señor Beck. —Recogió su bolso de viaje y caminó hacia la puerta. Él no se movió.

—Me ocuparé de que *Herr* recobre la sobriedad mientras usted se acomoda.

El estómago de ella gruñó ruidosamente y se ruborizó.

Él torció la boca.

—Y le mostraré un buen lugar para comer.

—Por favor, apártese, señor.

El rostro de él se puso rígido.

—Usted no irá al Hotel Sanders.

Su padrastro a menudo usaba ese tono imperioso con ella, y siempre despertaba su propia irascibilidad. Ella le dirigió una sonrisa empalagosa.

—¿Es así como impulsa el negocio, señor Beck, abordando a las mujeres en la estación de diligencias?

Beck se apartó y le hizo una reverencia socarrona. Ella pudo sentir el calor del cuerpo masculino cuando lo esquivó prudentemente.

—Mejor estaría usted en la casa de su tío —dijo él, cuando ella había dado unos pasos.

La esperanza se animó dentro de ella.

—¿Hay una casa?

—No exactamente.

—¿Sería tan amable de decirme dónde ir?

—Nada me gustaría más. —Sacudió su barbilla—. Está a unas puertas hacia la izquierda. Entre la cantina Cabeza de Oso y el salón de fandango de Barrera.

Se quedó mirándolo, tragó sin poder contenerse y asintió levemente.

—Gracias, señor Beck—. Sintió que la observaba mientras seguía sus indicaciones.

—Salude a Scribe de mi parte —gritó él a su espalda.

Catalina se detuvo y se volteó.

—¿Scribe?

—El muchacho que trabajaba para su tío. Ha vivido en ese lugar desde que City murió. No tiene a dónde ir. Dígale que venga a mi cantina. —Se volteó hacia Henry, dijo algo en voz baja y lo acompañó a cruzar la calle.